

19 DESARROLLO SOSTENIBLE Y DINERO

El dinero es el medio tradicional para acoplar necesidades y recursos, un instrumento para el intercambio de bienes y servicios y por tanto un instrumento esencial en el marco de un desarrollo sostenible. Es importante resaltar que los bienes y servicios que una persona adquiere son “pagados” por los bienes y servicios que ella misma produce u otras personas en su lugar y que el dinero es solo el medio de facilitar tales intercambios. El dinero como simple producto aunque sea en forma de oro y mucho menos en forma de papel carece de valor por sí mismo.

Históricamente el primer medio de intercambio fue el trueque cuyo principal problema radicaba en que no siempre los interesados disponían del objeto a intercambiar, ni en número suficiente, por lo que hubo de recurrirse a unidades de trueque que representasen un elevado valor para los mismos. En muchas economías primitivas el ganado era la unidad más importante puesto que significaba garantías de supervivencia y cierta capacidad de acumulación.

Es obvio que esta unidad de trueque podría perder su valor, o incluso desaparecer, por lo que pronto se recurrió a algún otro producto deseado y perdurable. Las joyas construidas con metales muy duraderos y brillantes como el oro o la plata pronto tomaron el relevo. Además esta unidad de trueque tenía un valor adicional: podía ser acumulada, podía convertirse en un almacén de riqueza.

El siguiente paso consistió en establecer una unidad de este oro que sirviera para flexibilizar los intercambios apareciendo así la moneda. En los tiempos de Homero, 1500 años a DC, el “talento” de oro se consideraba que tenía el valor equivalente al de un buey.

Las monedas basadas tanto en el oro como en la plata, por su escasez, alto coste de extracción y producción de estos metales y durabilidad, siempre han tenido una elevada equivalencia en otras mercancías.

Al aumentar las transacciones de productos apareció la moneda de papel con respaldo en monedas de oro, convertibles. La moneda papel representa un compromiso por quién la emite de que puede convertirla en oro cuando se desee.

Este compromiso, esta equivalencia, se rompió a partir del año 1971 al perder la convertibilidad en oro el dólar estadounidense lo cual supuso el fin de los acuerdos de Bretton Woods y del denominado “patrón oro”.

Más adelante, en el año 1973 y también con origen en los Estados Unidos de América, se rompió el sistema de cambios fijos, adoptándose el sistema de cambios flotantes.

En el año 1979, primero en el Reino Unido y después en Estados Unidos y el reto de los países más desarrollados, se eliminó el control sobre el movimiento de capitales a lo que siguió en la década de 1980 la liberalización y la desregulación de los mercados de

acciones y obligaciones, situación extendida actualmente a todo el mundo. En esta situación se encuentran las causas básicas de la inestabilidad financiera actual.

Dado que la moneda oro o papel permite ser almacenada también apareció la posibilidad de “pagos diferidos” y otras modalidades, como son la letra de cambio y el crédito.

La letra de cambio no es más que un documento de compromiso mediante la cual una persona, el librador o girador da una orden de pago a otra, el librado o girado que acepta pagarla al beneficiario o tomador, el cual recibe el dinero en el momento estipulado.

En cuanto al crédito o préstamo se trata de una operación mediante la cual una empresa y más comúnmente un intermediario como es un banco, el prestador, ceden una cantidad de dinero a un solicitante o prestamista a cambio de la promesa de devolución por parte de este de lo recibido más los intereses pactados y contra algunas garantías de cobro en forma de bienes directos hipotecados o de bienes de otros avalistas.

En toda esta evolución del dinero el último paso ha sido la aparición de una especie de “banca virtual” soportada en Internet, en principio sin ningún control institucional y que permite intercambiar bienes y servicios mediante algo parecido a lo que pueden ser unas “monedas virtuales”. Aun no es una realidad aceptada y generalizada y se mueve entre grande incertidumbres y debates tales como si se trata de varias monedas virtuales locales o una sola moneda virtual universal, o quien o quienes las controlan, etc.

Causas naturales e históricas han conducido a que la equivalencia entre el dinero en forma de oro y plata o de papel convertible con otro tipo de mercancías y servicios no sea homogénea en todo el mundo dando lugar a la consolidación de diferentes valores de las monedas locales o nacionales, o lo que es lo mismo, a la existencia de diferentes sistemas monetarios.

Toda esta situación en relación con el dinero está suponiendo importantes consecuencias para el desarrollo de toda la humanidad y en particular para la consecución de un desarrollo sostenible que sea global y perdurable. En particular dos son los aspectos que merecen ser destacados al respecto: la conversión del dinero en un producto en sí mismo y la especulación internacional que con este “producto” se está produciendo.

En efecto, el dinero ya no es un medio de intercambio de productos y servicios más o menos neutro entre productores y consumidores sino que se ha convertido en un “producto” por sí mismo, que se “compra y se vende” en el “mercado” con el agravante que en tales transacciones siempre tiende a “incrementarse”. En realidad el dinero usa los bienes y servicios reales como un “instrumento” al servicio de su propio incremento.

Aún más, el dinero actual no tiene ningún soporte real, no es más que una promesa de pago apoyada muchas veces en otra promesa de pago y así sucesivamente. Promesa de pago que, por otra parte, es generada por la banca, convertida en una “fábrica de

dinero ficción” y a la que solo se le exige disponer de un 2% de recursos propios para sustentar sus promesas de pago. Basilea pretende subirlos a un raquítrico 7%.

Esta situación ha llevado, y puede llevar de nuevo, a la paradoja de una persona, grupo o sociedad con mucho dinero pero sin nada que adquirir con él. O personas “ricas en dinero” pero pobres de solemnidad tan pronto las “promesas” fallen.

Por otro lado la existencia de múltiples sistemas monetarios asociados a distintas economías supone diferentes fortalezas de las monedas y la inexistencia de referentes internacionales consolidados y únicos se traduce en diferentes tipos de cambio entre ellas y en la posibilidad de especular con estas diferencias en los mercados financieros internacionales.

Un tipo de cambio bajo en un país respecto de otros más altos en otros países hace que los productos del primero sean más baratos para los compradores que los del segundo y al revés, los compradores del segundo no adquirirán productos del primero por su mayor precio. Ello facilita las exportaciones del país con bajos tipos de cambio hacia aquellos otros con monedas más fuertes y dificulta las exportaciones del primero al segundo, lo que a la larga se traduce en una pérdida de actividad económica en los primeros al decaer su producción.

En realidad un tipo de cambio bajo, una moneda débil, no es más que una subvención a las exportaciones de los productos del propio país lo que le produce grandes beneficios si su economía es amplia y no necesita importar gran cantidad de productos de aquellos países con monedas más fuertes, concentrando sus importaciones en países con monedas más débiles que las suyas. El caso de la China actual es paradigmático: el bajo valor de su moneda y los bajos costes de su producción le permite exportar masivamente a la Unión Europea y a Estados Unidos, mientras que compra las materias primas que necesita, a muy bajos precios, en África o América del Sur. Esto supone que China se está consolidando como el mayor productor del mundo y el mayor acaparador de materias primas y bienes raíces, mientras que los países compradores ven como sus industrias se van cerrando y su deuda creciendo.

La otra derivada de esta situación del dinero se refiere a la especulación en los “mercados internacionales de capitales”, los movimientos rápidos y masivos de estos que ahora posibles con la extensión de las TIC a todo el planeta en búsqueda de beneficios derivados de la oscilación en el valor de las monedas o de las materias primas, alimentos, energía (“utilities”).

En el año 2008 más de 1.500 millones de dólares se movieron cada día de un lado a otro del mundo, a través de la red de Internet, especulando con el valor de las divisas y generando fuertes inestabilidades en los cambios para alcanzar altos beneficios. Gran parte de estos capitales son fondos de pensiones, fondos soberanos u otros. La realidad es que menos del 10% de todos estos movimientos estuvieron destinados a inversiones productivas. Además un 80% de todas las transacciones tuvieron una duración inferior a una semana y se centraron, fundamentalmente, en compra – venta de acciones, obligaciones y moneda extranjera.

Todos estos movimientos de capital son llevados a cabo por sociedades especializadas concentradas fundamentalmente en Londres (32%), Nueva York (18%), Tokio (8%), Singapur (7%), Frankfurt (5%), París (4%), Hong Kong (4%), etc.

Toda esta situación está conduciendo, como no podía ser menos, a una economía basada en la especulación financiera frente a la inversión productiva, al endeudamiento sobre el patrimonio, al predominio de los intereses particulares sobre los generales, a la consecución rápida de beneficios monetarios frente a los sociales, etc., todo ello sustentado en lo que ha venido en denominarse “ingeniería financiera”. El resultado más dramático de esta situación son las actuaciones a corto plazo e improvisadas y la ausencia total de planificaciones a medio y largo plazo, es decir, a la no consideración de los escenarios futuros en los costes de los productos y servicios y en la toma de decisiones actuales.

Para el control o regulación de una situación que claramente se muestra como insostenible existen dos posturas contrapuestas desde un punto de vista conceptual: la que preconiza la total libertad de los mercados y la capacidad de estos para autorregularse y la que preconiza la intervención en tales mercados, la regulación de estos desde fuera.

Para los primeros la autorregulación se produce puesto que “los mejores recursos llegan a los mejores lugares, para los mejores productos, en el mejor momento, para los mejores mercados y para los mejores consumidores”.

Para los segundos ello no es posible en la medida que una economía crecientemente especulativa como la actual las reglas tradicionales del mercado no pueden cumplirse y por tanto algún tipo de regulación debe ser aplicada.

En este contexto la acción más concreta es la propuesta por Tobin, denominada “Tasa de Tobin”, consistente en la aplicación de un impuesto que grave todas las transacciones internacionales de corto plazo, que son las especulativas y no las de largo plazo que generalmente suponen inversiones. Los tributos recaudados se destinarían a sanear las economías de los países más pobres, fundamentalmente. Las críticas a este sistema se centran en la dificultad de su implantación, la facilidad para esquivarla, la necesidad de que se implante simultáneamente en todo el mundo y en la definición de quién cobra la Tasa y como se reparte.

El otro problema que subyace en todo este planteamiento es como controlar la tendencia a efectuar inversiones reales de estos grandes capitales en países muy pobres y con bajos o nulos controles fiscales de manera que los beneficios de la inversión se multiplican para el grupo inversor a costa de la explotación de los trabajadores sometidos a bajos salarios y con escasos apoyos sociales y la facilidad para la evasión de impuestos.

En este contexto se ha propuesto un impuesto sobre Inversiones Directas en el Extranjero (IDE) en bienes inmobiliarios, equipamientos y tecnologías, de forma que puedan cobrarse los impuestos derivados de los beneficios de la producción en estos países y que estos puedan derivarse a la protección de los propios trabajadores.

El criterio de este impuesto se concreta en una frase: “los grandes capitales pueden invertir donde lo deseen, pero tendrán que pagar mayores impuestos si eligen hacerlo en países donde no se respeten los derechos humanos”. Como es obvio esta propuesta no ha tenido ninguna virtualidad hasta el momento.

La tendencia más reciente es el incremento espectacular de los pagos de todo tipo con dinero virtual, en tarjetas de crédito y el inicio de la circulación de “monedas virtuales” o bit coins (por ahora varias y fuera de control de las entidades bancarias tradicionales y aún de los estados). Esta situación da un giro radical a la concepción tradicional del dinero y en particular al concepto de medio de trueque y de su propia valoración de manera que se impulsa un gasto menos meditado y más desmedido pues no es lo mismo adquirir un producto o un servicio portando una cabra, que portando un saquito con 20 monedas de cobre equivalentes o que dando un click con el dedo índice sobre la pantalla del teléfono móvil. Este sistema tiene la ventaja de lograr la máxima trazabilidad, seguimiento, de todas las operaciones de intercambio de bienes y servicios eliminando con ello muchas operaciones fraudulentas e ilegales pero por el contrario tiene el inconveniente de una elevada pérdida de intimidad y aún de libertad para las personas que ahora verán que todos sus pasos, toda su vida, pueden ser seguidas, fiscalizadas y controladas. Y lo que es peor, si alguien no está en la base de datos simplemente no existe, por muchas propiedades o capacidades reales tenga.

También existe otra tendencia que afecta al concepto de dinero en su concepción actual como medio de intercambio de todo tipo de bienes y servicios y se refiere al creciente uso de servicios socializados por los que los usuarios no abonan directamente con dinero sino que solo presentan la tarjeta de usuario como es el caso de la sanidad, la educación, el transporte, etc.

En la medida que el desarrollo sostenible es algo tangible, que debe cubrir necesidades tangibles, estos “dineros teóricos” basados en promesas incumplibles y susceptible de todo tipo de especulaciones, así como las monedas virtuales desligadas de todo contacto con la realidad, pueden convertirse en un serio problema para fomentar un desarrollo sostenible. Por ejemplo, ya no se trata de acumular trigo para cuando falte, como hacían los pobladores primitivos de las Islas Canarias, sino acumular dinero para comprar un trigo que posiblemente no exista.

En otros puntos de este documento se argumenta que el desarrollo sostenible planetario solo puede ser la suma de muchos desarrollos sostenibles a escala local garantizando la máxima cobertura de las necesidades de una comunidad concreta con sus propios recursos y en este contexto el capital especulativo tendrá mucho menor peso, e incluso podría no tendrá razón de ser, lo cual sugiere no solo la necesidad de reformas de gran calado en el sistema dinerario actual (¿volver al patrón oro?) sino incluso la creación de algún nuevo instrumento de intercambio que podría ir desde dineros locales para trueques locales basados en una moneda local o en horas de trabajo hasta una moneda internacional para trueques internacionales. En cualquier caso “monedas” plenamente asociadas al valor de los recursos totales, tangibles e intangibles, disponibles. En suma, una nueva gobernanza económica y financiera.